

Sobre cómo envejecemos las mujeres

Martha B. Holstein

Soy una viejita y me enorgullezco de ello.
MAGGIE KUHN, fundadora de las Panteras Grises (fecha desconocida)¹

La orgullosa afirmación de Maggie es mi meta; ahora que tengo sesenta y cinco años de edad poco a poco me estoy acercando a ella. De modo parecido, como aprendemos de las personas con enfermedades terminales, deseo vivir simbióticamente con mi cuerpo conforme se altera y se vuelve menos familiar (Tulle-Winton 2000). Estas metas serán difíciles de alcanzar en los Estados Unidos. Los mensajes culturales respaldan el rechazo al cambio; al sugerir que la edad no debe ser más que un artefacto, escuchamos el mensaje de que no hace falta ser diferentes en la vejez de como éramos en la adultez media. Y para los medios e incluso en la academia, lo que sentimos al interior es lo que realmente importa, como si nuestros muy visibles cuerpos pudieran ser simplemente negados. Aunque pienso que estas exigencias particulares son un tipo de subterfugio que no asumo como propio, aún no he podido verme al espejo o imaginarme con los ojos de quienes son mucho más jóvenes que yo y sentirme orgullosa y poderosa. Estoy viviendo lo que Sarah Pearlman (1993) etiquetó como el "asombro de la madurez tardía", aunque creo que empiezo a acercarme a la aceptación y a la oportunidad para practicar, en cambio, lo que bell hooks (1992) llamó "la mirada opositora" (citada en Furman 1997: 177).

Nací en 1941 en el seno de una familia de refugiados judíos, que daba por sentado los valores liberales a pesar de que vieron cómo el sueño ilustrado de la racionalidad secular se desvaneció en un mundo de muerte y destrucción. Me radicalicé más en los años sesenta, aunque en un principio acepté como algo normal que en 1962 me negaran un puesto como asistente

¹ Las Panteras Grises (Gray Panthers, en inglés) es una organización estadounidense defensora de los derechos de las personas mayores fundada por Kuhn, en 1970, como reacción a su jubilación forzosa [N. de la T.].

de profesor (porque las mujeres abandonaban el posgrado para tener bebés). De hecho, eso fue exactamente lo que hice en 1966 —retirarme del programa doctoral—, cuando resultó evidente que ser la madre de un bebé que parecía no dormir nunca, significaría que no iba a ser posible presentar los exámenes de acreditación. Aunque sí terminé muchos años después; para mí el final de la década de los sesenta y el inicio de la de los setenta destacaron por la organización, la elaboración de trabajo político, las marchas y el comienzo del hábito —del que aún me intento liberar ahora— de convertir todo en un asunto político. Una obra de teatro reciente me asustó de tal modo que me hizo comprender cuán molesto podría llegar a ser este hábito cuando se lleva al exceso. De niña fui ratón de biblioteca y sigo siéndolo de adulta, pero como se esperaba que mi hermana y yo nos vistiéramos "apropiadamente", uno de mis actos de rebeldía en los años setenta fue romper con esas normas, mas nunca inequívocamente. Otro hecho acerca de mi yo más joven que es particularmente relevante para mi yo más adulto —probablemente a raíz de una lectura ingenua de Sartre, sospecho que fue *A puerta cerrada*— es que decidí que soy responsable de mis decisiones. Aunque he aprendido bastante más acerca de la contingencia y el cambio desde aquellos años, batallo con esta exigencia de ser responsable y elegir activamente. En 1983, esta obligación autoimpuesta fue reforzada por la aseveración de un doctor de la sala de emergencias, quien sin éxito trató de salvarle la vida a mi pareja y me dijo, "recuerde lo que dicen los judíos ortodoxos, vive cada día como si fuese el último". Escribo como alguien que se entrenó en las humanidades, que ha trabajado en el campo de la gerontología durante más de treinta años, que le encuentra el pero a las cosas por naturaleza. También escribo como una feminista empedernida, madre divorciada (de dos hijas) y abuela (de una pequeñita hermosa).

Desde todas estas perspectivas personales intento comprender mi propio envejecimiento en contra de la todavía muy limitada erudición que podría influenciar mi conciencia desarrollada. Sobre todo, no quiero fingir que "yo no soy mi cuerpo"; quiero comprender cómo estoy viviéndolo y cómo lo perciben otros. Y quiero usar ese conocimiento como la cuña de apertura de una estrategia para resistir la forma en que otros buscan definir lo que significa ser mayor. Tenemos mucho que aprender unas de otras, tanto de mujeres como "nosotras", como de mujeres que son radicalmente distintas de nosotras.

En este capítulo exploraré la corporeidad de las mujeres mayores a través del lente personal, cultural, moral y biológico. Por corporización

entiendo las "experiencias conscientemente vividas del cuerpo" (Komesaroff 1995: 235). Mi objetivo es integrar las perspectivas "materialistas" y "socio-constructivistas" del cuerpo, aunque al mismo tiempo sostengo, con Twigg (2004: 63), que "no todos los discursos son igualmente posibles". Constreñidas por nuestros cuerpos biológicos y la cultura particular en que vivimos, sugiero que aunque no seamos "inocentonas" culturales, un sutil proceso de interiorización hace que la resistencia sea muy difícil, particularmente a nivel individual. Y, como una complicación mayor, la voluntad de resistencia puede verse impedida por la necesidad social de conformarse a ciertas normas relativas a la apariencia para alcanzar objetivos socialmente deseados, como pueden ser los empleos.

También me propongo mostrar por qué importan la corporeidad y la imagen corporal para nuestras prácticas sociales y en la vida moral en general. Tomo indicios de los estudios sobre discapacidad, donde las condiciones y las limitaciones de los cuerpos individuales son inevitables, como en la vejez, pero no así las minusvalías. Las minusvalías son creadas por una sociedad que erige barreras visibles e invisibles que amenazan la dignidad y la oportunidad de vivir robustamente a pesar de las condiciones discapacitadoras. Las mujeres mayores, que con frecuencia también son despojadas de su dignidad, se enfrentan a dos tareas críticas en las que debemos involucrarnos simultáneamente: negarnos a repudiar la edad y ocuparnos de la autoexploración y la resistencia. De otra manera tenemos pocas formas de responder a las normas culturales prevalecientes y casi siempre dañinas que amenazan a nuestra autoestima. Este repudio en última instancia es contraproducente y amenaza nuestra integridad.

Los estudios sobre discapacidad y el feminismo comparten una meta importante: hacer visibles los asuntos y problemas que las más de las veces pasan desapercibidos porque los grupos culturalmente dominantes no los perciben o los consideran insignificantes, si no es que irrelevantes. Para las mujeres mayores, los significados vinculados con vivir y funcionar con y por medio de cuerpos que no son culturalmente normativos reciben muy poca atención pública. Como las mujeres mayores habitan y viven en y por medio de cuerpos no normativos, usualmente están muy conscientes de la cualidad material y de constructo de sus cuerpos, aunque no usen estas palabras. Y están conscientes de cómo otros juzgan sus cuerpos, incluyendo sus semejantes de la misma edad. Es triste que las mujeres mayores teman perder el estatus de "no viejas" cuando los problemas serios de salud amenazan su "juventud" (Hurd 1999). Cómo vivimos nuestro cuerpo que envejece es, por

lo tanto, complejo, influenciadas como estamos por fuerzas estructurales, institucionales y culturales, y la miríada de interacciones que ocurren en los contextos traslapados y discretos en que vivimos. Nuestros yos corporizados dan forma y son formados por estas fuerzas e interacciones. Pero las ramificaciones personales, políticas y morales que resultan son temas en espera de ser estudiados de manera sostenida. Cierro con una indagación acerca de cómo podríamos reforzar los actos de resistencia.

Por qué importan los cuerpos

A grandes rasgos, el modo en que vemos nuestros cuerpos y son interpretados por otros influye en nuestras relaciones con individuos e instituciones. Mi cuerpo es "lo que soy en relación con los otros y con los objetos" (Diprose 1995: 209). Entendido así, mi cuerpo me afecta de manera cotidiana; puede socavar o afirmar mi valor propio y mi posición moral en las diversas comunidades de las que soy parte. Mi cuerpo es la "fuente del significado y de la construcción de significado... la perspectiva que traemos al mundo" (Komesaroff 1995: 14). Nos relacionamos de distinta manera con él antes y después de un ataque cardíaco, por ejemplo. Intensamente concientes de nuestra vulnerabilidad, nos aproximamos a las relaciones sociales y al movimiento de forma distinta. Y estas interacciones y movimientos convierten a nuestro cuerpo en un "texto social", pero no una obra abierta como lo sería una obra literaria convencional, sino un texto que se forma y adquiere significado en la cultura (Twigg 2004). Es el lugar de los "juicios acerca de la edad" (Oberg 1996).

Así, mientras observamos a otros cuando leen este texto, el deterioro corporal implica una amenaza para nuestra identidad e integridad. Podría ocurrir cuando con torpeza buscamos el cupón de descuento en la caja de la farmacia y se impacienta la cola a nuestras espaldas (léase: qué adulto mayor tan tedioso), cuando pedimos asistencia en el mostrador de cosméticos en tácita competencia con la veinteañera que recibe servicio aun cuando fuimos las primeras en llegar (léase: las mujeres mayores ya no son sexualmente competitivas así que no vale la pena invertir tiempo en ellas), o cuando estamos en la fila de la caja en *Bloomingtondale's* y la cajera le ayuda a un hombre con portafolios antes de atendernos (léase: no tenemos nada tan importante que hacer como él). Dado que el cuerpo no puede divorciarse de las prácticas discursivas, los encuentros en el mostrador de cosméticos o en la oficina de empleos o en el consultorio del médico están mediados por las normas culturales, expectativas y actitudes que son parte del mundo de la vida generalmente preconsciente que damos por sentado y que permea

a la cultura estadounidense, y posiblemente a gran parte de las culturas occidentales. En esta "retícula discursiva" (Tulle-Winton 2000: 79), los signos visibles del envejecimiento devalúan a la persona que los muestra.

Los cuerpos también se politizan. Si las mujeres mayores no cuidamos nuestros cuerpos de tal forma que cumplamos la expectativa normativa de envejecer "con gracia", se nos puede percibir con sospecha —al nivel más simple por habernos "dejado ir" cuando se supone que el "control" está a nuestro alcance— y, de forma aún más problemática, como fracasos morales por ser cómplices de nuestro propio envejecimiento. Perdemos nuestra relevancia cultural. Esta creencia en la posibilidad y la obligación moral de tener el control también puede contribuir a deslegitimar a la vejez como fundamento de las reacciones de las políticas. Si la vejez puede ser como la madurez —si tan sólo nos hubiéramos comportado de manera diferente— ¿por qué es que las políticas públicas particularizan a la tercera edad como asunto de atención política (ver Hudson 2005)? Culpadas personalmente por la condición de nuestros cuerpos y utilizadas políticamente como herramienta, estas nuevas opresiones se traslapan y entrecruzan con las familiares opresiones entrelazadas del género, la raza y la clase. Irónicamente, esas causas particulares de la desigualdad, tan eficazmente analizadas por los economistas políticos del envejecimiento, ayudan a explicar por qué algunas son más capaces que otras de ejercer control sobre sus cuerpos. Esta forma de opresión —la expectativa de tener control y poder sobre nuestros cuerpos— aumenta conforme nos volvemos más discapacitadas; entonces, la meta se reduce con frecuencia a mantenerse fuera de un asilo (Minkler 1990). En vez de "rehabilitar" a la vejez, independientemente de la condición de nuestros cuerpos, somos relegadas a los márgenes de la sociedad (Tulle-Winton 2000).

Nunca ha sido fácil oponerse a las directivas normativas, y en esto no difieren aquellas relacionadas con la edad. Las imágenes culturales del envejecimiento "exitoso" y "productivo" que exigen cuerpos sanos, vigorosos y ocupados, y un desdén por las palabras *vieja* e incluso *retirada*, acordes con publicaciones como *Modern Maturity* [La madurez moderna] del AARP² (ASA/NCOA, Filadelfia 2005), crean múltiples interrogantes. Aunque to-

² La AARP (anteriormente American Association of Retired Persons) es una organización estadounidense sin fines de lucro que atiende las necesidades e intereses de las personas de 50 años o mayores [N. de la T.].

davía sea importante cuestionar la noción de que la tercera edad esencialmente implica pérdida, ¿cómo podemos incorporar la pérdida a nuestra comprensión de la tercera edad, rechazar la posición de "resistencia a cualquier precio" y afirmar las posibilidades de crecimiento y florecimiento a pesar de la pérdida sin ser acusadas de etarismo?³ ¿Cómo podemos enseñarnos a nosotras mismas y a otras el valor de lo que la cultura desea negar con tanto fervor? ¿Cómo podemos fomentar la integración de viejos y jóvenes y crear oportunidades para las personas de la tercera edad sin transformarlas en nuevos sistemas de demanda (Holstein 2000)? ¿Cómo podemos desenmascarar el poder político que determina qué cuerpos son aceptables para las personas mayores haciendo caso omiso de su discrepancia con respecto a muchos, si no es que a la mayoría de los cuerpos? Sobre todo, ¿cómo podemos redefinir *viejo* sin adoptar las rúbricas normativas de "exitoso" y "productivo" (Holstein y Minkler 2003)?

Así, deseo enfatizar que la ideología cultural más reciente acerca del envejecimiento, que insiste en que los cambios relacionados con la edad pueden (y, por lo tanto, deben) evitarse, implica que las marcas visibles (e invisibles) de la edad exponen a quienes las llevamos a la "estigmatización y exclusión" (Harper 1997: 161; Holstein y Minkler 2003). Dado que se espera que las mujeres mayores cumplan normas que no crearon, estas se enfrentan con amenazas personales, políticas y morales. La forma en que nos vemos y nos ven nos afecta y afecta nuestra posición moral, el "respeto, reconocimiento y la preocupación" que otros en la comunidad nos expresan, así como también las responsabilidades que se esperan de nosotras y nuestro "sentido del valor propio, individualidad y responsabilidad" (Walker 1999). La explotación, el abandono, la marginalización y la falta de respeto amenazan nuestra posición moral y contribuyen a atenuar nuestra posición en la comunidad moral. Lo que creemos acerca de una persona o cosa determina nuestras obligaciones morales hacia ella; este factor es realmente de lo que trata el debate sobre el aborto y la investigación de células madre: lo que pensemos del embrión más pequeño "es" aquello que determina lo que le debemos. Estas dificultades sociales y morales hacen que sea particularmente arduo, en palabras de Molly Andrews (2000), tener al mismo tiempo "mucho edad y orgullo", una afirmación que Maggie Kuhn

³ "Etarismo" o "edadismo" (*ageism*) se refiere a la discriminación con respecto a la edad [N. de la T.].

hizo tan públicamente y que yo y muchas de mis semejantes, deseamos cumplir.

Por estas razones, creo que quitar el énfasis en la debilidad física y la discapacidad, al tiempo que se resaltan las fortalezas, nos despoja de facultades (Morell 2003). El gran logro es aprender a vivir plenamente y bien —y con orgullo— a pesar de tales limitaciones. Esta meta, uno de los actos de resistencia que retomo en la conclusión, aún no forma parte de la conversación popular en círculos feministas y geriátricos.

El cuerpo como fenómeno biológico

Aquéllas que "hacemos" ética insistimos en que no se puede hacer buena ética sin buenos datos. Podemos afirmar, además, que no se nos puede juzgar por aquello que no podemos hacer, como yo correr una milla en cuatro minutos. Así que vale la pena echar un vistazo a lo que significa hablar acerca de los cuerpos que envejecen. Podemos hacerlo sin adoptar la perspectiva de que el cuerpo sólo es fisiología y patología; más que su materialidad, que es inevitable, es parte de un complejo sistema de significación.

Mi supuesto es el siguiente: nuestros cuerpos van a envejecer gradualmente; esto es, serán menos adaptables a las agresiones del medio ambiente y de otro tipo. Perderemos células y tejidos funcionales, nuestros órganos se volverán menos eficientes, y nuestras capacidades de reserva disminuirán (Hillyer 1998). Sanaremos más lentamente y perderemos masa muscular y capacidad pulmonar. El biólogo Leonard Hayflick (1994) ha argumentado que la capacidad del cuerpo para reparar el daño celular disminuye con la edad, ya sea porque se acorta la telomerasa en los extremos de nuestros genes o por alguna otra razón. Estos cambios no son una enfermedad, pero contribuyen a reacciones tales como el miedo a caerse porque se engarrotan las coyunturas, o propician la modificación del comportamiento, como dejar de cargar equipaje que debe subirse a los compartimentos superiores de los aviones porque disminuye la fuerza física. Lo que durante tanto tiempo hemos dado por sentado se vuelve problemático; sin estrógeno, por ejemplo, las mujeres mayores con frecuencia sienten dolor durante las relaciones sexuales. Este nuevo "hecho" de sus vidas no pone en peligro a la vida, pero requiere una revisión de la propia interacción con las parejas y la toma de decisiones con respecto a posibles soluciones de tipo médico. En lugar de un cuerpo habitual que podemos ignorar, obtenemos un cuerpo que exige nuestra atención. Algunos cambios, como la osteoporosis, son más severos y pueden limitar nuestras actividades cotidianas

como cocinar o ir de compras. Estas limitaciones físicas están asociadas al envejecimiento y serán crónicas y recurrentes; entre más tiempo viva una mujer, más probable es que habite un espacio físico cada vez más restringido. Estos cambios están auténticamente vinculados al envejecimiento o son su resultado (Hillyer 1998), y nos sucederán a pesar de los regímenes dietéticos, las grandes cantidades de té verde y de ejercicio.

El envejecimiento también cambiará nuestra apariencia física. Cuando se retarda el metabolismo basal, disminuye el tejido corporal libre de grasa y aumenta el tejido graso. Cambia nuestra forma (Chrisler y Ghiz 1993). La piel de nuestros rostros y cuellos se reseca y se vuelve escamosa, se arruga y se vuelve flácida. Nos salen manchas cafés, querámoslo o no. El paso del tiempo deja su marca. "Cada una de nosotras está librando una batalla perdida contra los estragos del tiempo" (Blaikie 1999: 86). Podemos retardar el proceso, y ciertamente podemos influir en sus manifestaciones externas por medio de procedimientos sencillos, como el tinte de cabello, hasta las mejoras quirúrgicas y químicas más complejas. Pero como nos recuerda Scott-Maxwell (1968), "nada en nosotros funciona bien, nuestros cuerpos se han vuelto poco fiables" (35). Otras escritoras mayores, como Doris Grumbach (1991) y Carolyn Heilbrun (1997), con franqueza describen cuerpos envejecidos que ya no rinden como lo hacían.

Este decremento del rendimiento, a su vez, altera nuestras interacciones con las personas que conocemos y las instituciones —lugares posibles de empleo, por ejemplo— con las que interactuamos. Un día de invierno, tuve que hacer una maniobra difícil para bajar de un autobús —con una bolsa pesada al hombro— y no pisar un montón de nieve; di un traspíe y resbalé de la banqueta a la calle. Un hombre, tomándome del codo, preguntó muy atentamente, pero a mi ver con paternalismo, "¿Necesita ayuda?" Aunque reconozco que pudo haber hecho lo mismo por mi hija, de cualquier manera lo interpreté con relación a las lecturas culturales de los cuerpos mayores. Y mi nivel de cautela al descender hacia cualquier banqueta aumentó. Doris Grumbach (1991) escribe acerca de los cambios físicos que hacen que le tema a las calles de su hogar neoyorkino. Podemos sentir que tenemos dieciocho años al estar sentadas en una banca del parque, pero darnos cuenta de que tenemos ochenta al ponernos de pie. Coyunturas engarrotadas, problemas de equilibrio y de visión, e incluso el debilitamiento nos recuerdan que ya no tenemos dieciocho años.

Así que para los biólogos como Hayflick (1994), los proponentes arduos de la medicina contra el envejecimiento, como Michael West, están buscando

la fuente de la eterna juventud para revertir o detener el proceso de envejecimiento. Hayflick nos recuerda que aunque logremos desbistar las enfermedades que devastan nuestros cuerpos una por una, de cualquier manera envejeceremos y moriremos. Para ser justa, sin embargo, debo señalar que otros biólogos moleculares tienen opiniones que difieren sustancialmente de las de Hayflick, pero ese debate está fuera del ámbito de este capítulo (para un buen panorama general, véase SAGE Crossroads 2004). Como quiera que se resuelva este debate, considero que la biología nos obliga a enfrentar los límites del construccionismo social y la posibilidad de crearse a una misma, los valores atesorados del envejecimiento y el posmodernismo.

La cultura y las mujeres mayores

Se ha convertido en una obviedad decir que la cultura estadounidense venera a la juventud y al peso que no es meramente delgado sino flaco, y nos anima a creer que el producto de belleza más nuevo (a 96 dólares el frasco, como se anuncia en la revista *W*) rejuvenecerá nuestra piel o eliminará la celulitis de nuestros muslos. Las revistas de moda exhiben modelos que no se parecen a nadie que yo conozca, ni siquiera a mi muy delgada hija (la cual vive en Los Ángeles, donde cualquier persona que sea una talla mayor a dos es considerada gorda; ella es talla cuatro). A la fecha, no hemos alcanzado el momento triunfal para las mujeres mayores que visualizó Tish Sommers, fundadora de la Liga de Mujeres Mayores (*Older Women's League*): mujeres frente a los mostradores de cosméticos exigiendo manchas cafés.

Irónicamente, después de años de lucha, conforme las mujeres han logrado un estatus como agentes más fuerte que nunca antes, nos enfrentamos a un conjunto de expectativas cada vez mayor con respecto a nuestros cuerpos. Estas expectativas ahora alcanzan a los adultos mayores, ya que la cultura de consumo vende una cierta estética al nuevo mercado canoso (Minkler 1991). Si la vida saludable nos ayuda a envejecer "exitosamente", entonces abundan los productos que transforman nuestra apariencia para que esté en sincronía con nuestra triunfal condición de salud. Los costosos productos y procedimientos que implican, sea que se compren en *Neiman Marcus* o en *Walgreen's*,⁴ por supuesto, no nos hacen menos viejos. Sin embargo, sí

⁴ *Neiman Marcus* es una lujosa tienda departamental y *Walgreen's* una cadena de farmacias [N. de la T.].

perpetúan el mito y la expectativa de que podemos componer nuestra descompostura con una creciente gama amplia de productos de consumo con frecuencia costosos. Sin su ayuda fracasamos en la belleza; con su ayuda nuestra imagen concuerda con lo que podría ser nuestra percepción de nosotras mismas: el yo interior que siempre es más joven que el yo exterior, un reforzamiento peculiar pero visceral del viejo dualismo cartesiano.

Este divorcio entre el yo interior y exterior, etiquetado como la "máscara del envejecimiento" (Featherstone y Hepworth 1991), impide que veamos las maneras en que el cuerpo y el yo se "forman y reforman en una relación dialéctica" (Kontos 1999). Más bien exige que utilicemos lo que esté disponible para confirmar nuestra imagen interior públicamente, una batalla a fin de cuentas contraproducente y desmoralizadora. "La constante fabricación de disfraces puede conducir a un rechazo de nuestro sentido del yo porque 'si no desplegamos nuestra verdadera identidad puede perder su sustancia, su significado, incluso para una misma'" (Macdonald y Rich 1983).

Los comentaristas con frecuencia señalan a la generación del *baby boom*, que ahora se aproxima a la vejez, por ser una "oleada de edad" particularmente poderosa (Dychtwald y Flowers 1990) que se niega a envejecer. Supuestamente, el yo se ha convertido en un proyecto permanente de creación y recreación de cualquier imagen que parece normativamente deseable. Este proyecto posmoderno, que ahora abarca a la vejez (Gergen y Gergen 2000), funciona mejor para las personas con el lujo del tiempo y los recursos para conseguirlo, pero sus defensores tienden a cegarse a las vicisitudes de la clase en esta capacidad de convertir al yo en proyecto. Estos yos están descontextualizados de forma peculiar; una persona generalizada más que particular, sin marcas de clase o género, y sin identidad racial o étnica (Holstein 2000). A estos yos les es concedido el permiso de ser plenamente autoindulgentes, que difícilmente es una imagen de la vejez con la que yo, al menos, me siento cómoda, pero que es tema para otro ensayo.

La investigación empírica acerca de las mujeres mayores y las formas en que viven sus cuerpos sugiere que no ignoran estas expectativas. Difícilmente somos inmunes a la preocupación por la imagen corporal. Rodin, Silberstein y Striegel-Moore (1984) argumentan que la insatisfacción crónica de las mujeres con sus cuerpos es un "malestar normativo". En efecto,

las mujeres mayores exhiben una insatisfacción con la imagen corporal y una distorsión al mismo grado y, en muchos casos, más profundamente que sus cohortes más jóvenes, sugiriendo que la preocupación por la forma y el tamaño del cuerpo persiste y de hecho puede llegar a ser más pronunciada en el transcurso de una vida (Fey-Yensin, McCormick y English 2002: 69).

Incluso las mujeres que se definen como "no viejas", en virtud de lo que son capaces de hacer, fueron derrotadas por la transformación de su apariencia física y el juicio de sus semejantes, mujeres que exhibían cuerpos poco atractivos a nivel estético y generalmente obesos.

Furman (1999) sugiere que estas mujeres —sin cabello por el tratamiento del cáncer o con rostros profundamente arrugados y cuerpos grandes— reprobaron la prueba de "la normalidad", una experiencia que conduce a la estigmatización, no por los cambios mismos, sino porque las construcciones sociales "leen el cuerpo avejentado de maneras negativas" (10). "El cuerpo femenino que envejece entra en conflicto directo con las representaciones culturales de la belleza femenina." Este cuerpo viejo se "constituye y vive dentro del contexto de múltiples relaciones de poder" (Furman 1997: 5), en las cuales la mujer mayor carece de él. Un resultado es la vergüenza por fracasar al querer alcanzar las "prácticas disciplinarias de la feminidad" (Bartky 1990). La vergüenza, que es antitética al valor central de la dignidad humana, el corazón de nuestra visión ética, sin embargo, es una experiencia familiar para muchas mujeres mayores. "El rostro, el rostro que me avergüenza" (Furman 1999: 12). Las mujeres mayores notan sus imperfecciones quizá de manera más dramática que las mujeres más jóvenes porque somos definidas por la cultura dominante como fuereñas, como el "otro". Pero, como señala Margaret Morganroth Gullette (1997), esta depreciación comienza mucho tiempo antes —cuando tenemos treinta años de edad—, así que estas mujeres han tenido mucha práctica. Y, como observa, debemos mantener el silencio acerca de los caprichos de nuestros cuerpos envejecidos para no colaborar con nuestra propia devaluación. El mensaje: dado que todo lo que las mujeres mayores parecen ser contradice lo que la cultura valora, es prudente, por lo tanto, ocultar los motivos que puedan aumentar nuestras carencias.

Entre más disciplino mi cuerpo por medio de una alimentación cuidadosa o el ejercicio y los menjurjes cosméticos que intento —pero no puedo— resistir, más coopero con un "conjunto de valores culturalmente significativos" (Reischer y Koo 2004: 300) que finalmente me traicionarán. Las mujeres han informado —yo puedo secundar esa sensación— que saben que están participando en una gigantesca estrategia de venta, pero esta sigue siendo persuasiva y condiciona los actos. Las mujeres responden a la publicidad y al esfuerzo de la industria cosmética de convencernos de que sin sus productos nos veremos "viejas", algo que no desea ninguna persona que se respete a sí misma. La publicidad con frecuencia logra convencer a las

mujeres de que nuestra apariencia "natural" es inherentemente inadecuada, porque nos bombardean con mensajes culturales que dicen que nuestra apariencia es de vital importancia (Saul 2003). Los medios y los publicistas explotan el "pecado del envejecimiento" (Wolf 1991: 95) —etiquetado como "terrorismo de la edad" (Pearlman 1993)— y nos prometen un yo más joven. ¿Por qué verse vieja cuando una nueva crema, dermoabrasión facial, procedimiento quirúrgico o inyección de Botox puede restaurar nuestra anterior apariencia y por ende a nuestros yos juveniles? Si ser joven es el único estatus deseable, ¿estamos obligadas no sólo a "no dejarnos ir" sino a mejorarnos, esto es, hacernos más juveniles?

Las feministas han batallado con la combinación del placer que muchas mujeres obtienen del maquillaje y otros avíos de la apariencia, y el potencial represivo que resulta de sentir que nunca damos el ancho. El placer compartido de ir de compras y experimentar con el maquillaje o el peinado nuevos está marcado por el dolor compartido; juzgamos y evaluamos nuestro cabello, nuestra piel, nuestros cuerpos (Bordo, citada en Saul 2003: 160). Aunque no seamos autómatas, tenemos un fuerte incentivo para desear identificarnos con las representaciones culturales de nuestras identidades que ofrecen el mayor reconocimiento social (Mackenzie 2000). Pero cumplir con esas normas puede tener sentido porque nos permite alcanzar otras metas: empleos, por ejemplo. "Alguien que se toma en serio la fuerza y el alcance de las presiones sobre las mujeres relacionadas con la apariencia debe reconocer la posible racionalidad de los esfuerzos que ellas hacen por cumplir con las normas de la apariencia" (Saul 2003: 163).

La dificultad surge cuando estas representaciones requieren el rechazo de una parte fundamental de nuestra identidad: las marcas de nuestra edad. Sin una atención pública que cultive respeto por estas marcas relacionadas con la edad, ¿cómo nos respetaremos a nosotras mismas? En lo que sigue exploraré cómo podríamos desarrollar nuestras imágenes sociales, recuperar ideales alternativos, equilibrar los elementos placenteros y destructivos del intento por cumplir con las normas culturales, y así vencer las imágenes que no logran liberarnos.

Hay, sin embargo, un indicio de que la situación puede estar mejor de lo que creemos. Uno de los pocos estudios cualitativos que tenemos acerca de cómo las mujeres mayores viven sus cuerpos y su tamaño muestra que, en el transcurso de las entrevistas, algunas empezaron a expresar una creciente rebeldía con respecto a sus reacciones ante las expectativas sociales —y las críticas del cónyuge— acerca de sus cuerpos (Tunaley, Walsh y Nicolson

1999). También hay esperanzas, porque históricamente, y en oposición a Fukuyama, la historia no ha llegado a su fin. Cuando las normas culturales definían a las mujeres como delicadas y frágiles, a las mujeres de la clase media y alta se les negó la educación superior o se les daba el nombre despectivo de "*blue stockings*", condenadas a no casarse jamás ni a tener hijos. Las mujeres pobres, sin embargo, trabajaban sin comentarios por parte de los profesionistas ni una preocupación excesiva por sus cuerpos. Hoy en día, muchas de estas ideas aceptadas acerca de las mujeres han desaparecido, y seguimos negociando normas acerca de nuestros cuerpos. También, de forma más positiva, no estamos completamente sujetas, en términos de Foucault, a las prácticas disciplinarias que la sociedad trata de imponernos (para una interpretación feminista de Foucault y una postura desesperanzada de las posibilidades que tienen las mujeres mayores, véase Bartky 1999). A pesar de todo, también somos agentes: podemos y de hecho tomamos decisiones sobre cómo entenderemos nuestros cuerpos. Nuestros cuerpos nuevos y viejos nos brindan así otra oportunidad para repensar las formas en que nos entendemos a nosotras mismas y entendemos nuestros compromisos (Meyers 2003).

La cultura importa

¿Por qué no podemos aislarnos de estas presiones culturales que con tanta frecuencia instigan el menosprecio hacia una misma y conducen a esfuerzos heroicos por no ser viejas? Los construccionistas sociales ofrecen respuestas sugeridas desde una perspectiva sociológica, pero ahora recurriré a las filósofas feministas. Postulándonos como "seres en relación" (Parks 2003: 86), ellas se enfocan en la naturaleza social del yo. De esta manera, explican cómo nuestra inmersión en redes de relaciones nos ha hecho lo que somos y continúa influenciando nuestros pensamientos, sentimientos, creencias e incluso la propia identidad. Por ende, el mundo social regularmente contribuye a lo que percibimos como importante, a nivel personal y moral. Las imágenes culturales, representaciones y metáforas son instrumentales en la formación de nuestros deseos, creencias y actitudes emocionales, que a su vez influyen en lo que pensamos sobre nosotras mismas: esto nos ayuda a "lograr la edad" (Laz 2003). En este momento, las representaciones que vemos pueden muy fácilmente servir como compulsiones que ciñen nuestra imaginación (Mackenzie 2000: 143), cegándonos así a sus influencias y volviéndonos cómplices de nuestra propia opresión (Walker 1999). Es más probable que con soportes culturales logremos el robusto sentido

de valor propio que necesitamos si vamos a ejercer la autonomía que al parecer todo el mundo nos desea. Pero lamentablemente carecemos de estas herramientas culturales.

Nuestro sentido de lo que tiene valor en nuestra identidad se vincula con cómo las partes relevantes de nuestra identidad están reforzadas o minadas en diferentes esferas sociales. Esta observación en parte explica por qué nos sentimos diferentes con relación a nuestros cuerpos en entornos distintos. Dado que nuestra identidad tiene muchos componentes, de los que nuestro cuerpo y nuestra edad son únicamente dos, podemos recordar días en los que esos elementos más problemáticos no estaban tan presentes. Hace poco realicé un informe sobre políticas públicas para la sección de Chicago de la Liga de Mujeres Votantes.⁵ En relación a este grupo, con una sola excepción, yo era joven. Ante mis estudiantes de licenciatura soy mayor, como lo soy para los jóvenes que me ven en el autobús, si es que me ven. Una amiga —que tiene sesenta y dos años de edad— recientemente comentó que alguna vez su identidad tuvo muchas fuentes, desde su trabajo académico, como madre y como abuela, como mujer con quien coqueteaban los hombres, la facilidad con la que se movía. Ahora esas experiencias formadoras de identidad se encuentran crecientemente limitadas. Sin el reconocimiento social, "el sentido de nuestra propia valía a nivel personal, social y político" se ve minada (Mackenzie 2000: 141). Por ende, la internalización es un elemento importante en la conformación de nuestra identidad.

Como seres "situados" (Benhabib 1992) o "personas secundarias" (Baier 1987), el propio cuerpo no es sólo (o quizá no primordialmente) un asunto individual (Andrews 2000). Hasta las mujeres que con orgullo insistieron que no eran "mayores" reconocieron el "poder de las generaciones jóvenes para definir y restringir las realidades de lo 'viejo' y lo 'no viejo'" (Hurd 1999: 8). Con una sutil forma de rechazo a sí mismas y de etarismo, las mujeres mayores pueden simultáneamente rechazar las imágenes negativas que se aplican a ellas pero estereotipar a otras personas como viejas (Tunaley *et al.* 1999). Recordemos la conocida objeción de una mujer de ochenta y cinco años de edad que no desea "estar como todos esos viejos". ¿Por qué querría alguien ser viejo? La palabra viejo connota todo aquello que la so-

⁵ La League of Women Voters, fundada en 1920, es una organización política no partidista que lucha por mejorar los sistemas de gobierno estadounidenses e injerir en las políticas públicas por medio de la educación ciudadana [N. de la T.].

ciudad estadounidense no valora —la lentitud, el aburrimiento, la fealdad, la inactividad—, en lugar de sugerir a una persona serena, iluminada con una tenue luz, confiada, tolerante, pero también llena de ambigüedad y de las "hebras negras" y la pasión indomable en la que se regocija Florida Scott-Maxwell. Hablo desde la experiencia cuando digo que ayuda ser tanto partícipe como observadora, imaginar cómo se nos percibe y luego reírnos de nosotras mismas. Eso, sugiero, es el inicio de la resistencia con la que concluyo este capítulo.

La corporeidad, el feminismo y la gerontología

A pesar de que el interés por el cuerpo ha aumentado durante los últimos diez a quince años entre estudiosos de muchas disciplinas (Rosser 2001), "el cuerpo que envejece ha sido relativamente relegado" (Harper 1997: 161; Tunaley *et al.* 1999; Twigg 2004). Tenemos poca ayuda por parte de las feministas y los gerontólogos en esta empresa, y no nos apoyan otras disciplinas que han "ignorado los temas de la imagen corporal en la adultez media y la vejez de las mujeres" (Chrisler y Ghiz 1993: 68). En un esfuerzo por evitar el determinismo biológico para enfocarse en la construcción social del género, hasta hace poco las feministas habían minimizado el cuerpo o, más específicamente, la forma en que las mujeres viven sus cuerpos en contraste con lo que hacen con ellos; por ejemplo, los temas de la reproducción. La exclusión de las mujeres mayores del trabajo feminista es simbólico de la "gerontofobia" de la cultura dominante (Arber y Ginn 1991, citado en Twigg 2004). Aún ahora, cuando la corporeidad ha adquirido un intenso interés para las feministas, estas rara vez se han interesado en las mujeres mayores. Conozco sólo un volumen filosófico, *Mother Time: Women, Ethics, and Aging*, editado por Margaret Urban Walker (1999), que tiene varios capítulos que tratan de las mujeres y sus cuerpos envejecidos. Y *Facing the Mirror: Older Women and Beauty Shop Culture*, el libro pionero de Frida Kerner Furman (1997), es la única investigación monográfica con extensión de un libro acerca de las mujeres mayores y sus cuerpos, pero se limita a un pequeño segmento de esa población: las mujeres judías mayores que acuden al salón de belleza *Julie's International Salon* en un barrio de Chicago.

Sin embargo, al ignorar los cuerpos fenomenológicos de las mujeres mayores, las feministas eliden su compromiso con la visibilización de las inexploradas, de la ignoradas. Participan en la exclusión cultural de las mujeres mayores y por eso no laboran para remediar esa exclusión. Aunque contribuyen al cambio social, por ejemplo cuando exponen las

limitaciones de las generalizaciones basadas en los sujetos masculinos, las feministas han marcado las vidas de las mujeres más jóvenes al analizar las experiencias propias de las mujeres, como el parto y la menopausia, al politizar aquello que aparentemente no es político y al poner la mira en las relaciones de género y asuntos como la violencia doméstica y la desigualdad en el ingreso. Algunas feministas, a quienes no deseo nombrar, incluso pudieron haber colaborado en el mito de que el envejecimiento puede y debe ser resistido. Si el feminismo se trata de la liberación de todas las mujeres, entonces las feministas deben ir más allá de la menopausia y observar a la mujer de ochenta años que teme hablar en voz alta acerca de su angina, temerosa de que no será merecedora de la etiqueta de "no vieja" (Hurd 1999). Si aceptamos que el compromiso de cambiar lo que es inaceptable para las mujeres es el sello distintivo del feminismo (Calastani y Slevin 2001; Collins 2000; Gottfried 1996; Hooyman 1999; Ray 1996; Saul 2003), resulta que ha decepcionado a las mujeres mayores.

Los gerontólogos críticos, al contrarrestar conscientemente a la biomedicalización del envejecimiento, se han enfocado en lo humanístico y lo social. De igual manera, los economistas políticos del envejecimiento discurren sobre los factores estructurales más que sobre los fisiológicos al explicar la experiencia de la vejez. "Desde esta perspectiva, hacer un intento por enfatizar la dimensión corporal puede parecer un paso retrógrada que nos regresa al territorio del determinismo biológico y a las narrativas del declive" (Twigg 2004: 6). Por su reciente y casi obstinado énfasis en los aspectos positivos del envejecimiento, los gerontólogos pueden considerar que el énfasis en el cuerpo es degradante y por lo tanto es mejor evitarlo.

Por otro lado, como ha señalado Simon Biggs (2004), la gerontología crítica, junto con el feminismo, puede contribuir de maneras importantes al entendimiento de la "tensión entre la identidad personal y estructural y las estrategias que utilizan las personas para seguir viviendo y desarrollándose en circunstancias que no han elegido" (46). Ambos, por ejemplo, se preocupan por el yo corporizado y el poder de la apariencia.

La voz dominante en la investigación gerontológica hace que sea particularmente difícil resistir las presiones culturales que definen lo que significa una vejez "exitosa" y por ende "buena". Irónicamente, la "nueva" gerontología ha complicado esta necesidad de reconceptualizar nuestros cuerpos. La incipiente concentración en las imágenes positivas del envejecimiento, la imposición de estándares tácitamente normativos para el

envejecimiento exitoso y el apoyo de la cultura de consumo han reforzado las suposiciones etaristas al cambiarlas de forma sutil. Lo que en algún momento fue una estrategia individual —hacer lo que se podía para mantenerse saludable y ocupada— se ha extendido hacia una visión social en la que "se marginan grupos sociales enteros y áreas de la vida" (Blaikie 1999: 109). La gerontología, al crear el contexto para pensar sobre la tercera edad, puede así obstaculizar más a quienes negociamos una identidad que incorpora los cambios socialmente devaluados. Sin desear un regreso al viejo paradigma de "declive y pérdida", quiero enfatizar la situación quiijotesca que crean estas imágenes positivas más recientes. Desde el énfasis singular en lo positivo surge una nueva forma de etarismo; los viejos y los enfermos se desechan por ser "fracasos morales" (Blaikie 1999: 109). La gerontología estadounidense ha sido incapaz de ver simultáneamente los polos negativo y positivo del envejecimiento (Cole 1995). En cambio, ha oscurecido la ambigüedad que es central en la experiencia del envejecimiento.

Parece ser un buen momento, tanto para feministas como para gerontólogos, para afirmar la materialidad del cuerpo al tiempo que se toman en cuenta las maneras en las que los límites biológicos pueden extenderse y se pueden modificar las representaciones culturales. Estas ideas pueden guiar la política y la práctica, especialmente porque las mujeres con mayor frecuencia envejecerán "en un lugar" o en otros entornos comunitarios.

Un regreso a lo personal

Ocupar un cuerpo de 60 años de edad es quizá similar a ser una viajera del mundo, para tomar prestada la adecuada frase de María Lugones (1987). Ser una viajera del mundo se relaciona con "el deseo y la habilidad para explorar la realidad usando los zapatos de otra" (Bordo 1993: 287). En este caso, los otros zapatos también son míos conforme trato de sentirme plenamente en casa en este cuerpo en constante evolución, que es tanto familiar como extraño. Es familiar porque tiene más o menos el mismo tamaño y la forma que ha tenido durante la mayor parte de mi vida adulta; extraño, porque desnudo se ve distinto y me duele donde nunca antes me había dolido. No puedo subir las escaleras corriendo como lo hice alguna vez, y bajo cuidadosamente por los senderos empinados, dependiendo psicológica y físicamente de mi bastón. Me aferro al pasamanos que baja a la plataforma del metro porque en una ocasión estuve a punto de caer por un tramo de escaleras que bajaba al tren L con una valija a cuestas, e imaginé mi cráneo roto al pie de la escalera de concreto.

Pero quizá la mayor extrañeza provenga de mi inquietud por lo que le va a pasar a mi cuerpo. Y esa inquietud, creo, tiene dos fuentes. Por una parte, deriva de cómo imagino que soy percibida con relación a otros cuerpos más jóvenes y, efectivamente, comparado con mi cuerpo de la adultez madura. Supongo que las personas —en el café del barrio, en la tienda de abarrotes, en la tienda de ropa de moda— pueden llegar a conclusiones acerca de mí al mirar mi cuerpo. Todavía soy objetivada, pero ahora no en términos del atractivo sexual, sino como alguien sin importancia, sexual o de la que sea. A veces quiero gritar: "Présteme atención; estoy viva, interesada en el mundo y, espero, soy interesante aunque tenga canas". En segundo lugar, mi inquietud surge del reconocimiento de que, día con día, este cuerpo, mi contacto más directo con el mundo, se acerca más a la muerte. Esta creciente cercanía con la muerte es particularmente preocupante en una sociedad tan adversa a la muerte como la nuestra. Así que, como una mujer que envejece, vivo mi cuerpo en un conjunto móvil de relaciones con quienes son más jóvenes y, por eso mismo, consideradas socialmente como más deseables y por lo tanto más poderosas que yo, y también en relación con esas mismas personas jóvenes que ven a la muerte como algo que le pasa a otra persona. En un estudio hecho en Suecia, Oberg y Tornstam (1999) notaron que el cambio de la conciencia acerca de la edad entre los sexos llega a su punto más alto entre las edades de sesenta y cinco y setenta y cinco, así que estoy en tiempo.

Soy muy diferente a los sesenta y cuatro de lo que era a los cuarenta y cuatro, e incluso a los cincuenta y cuatro. Sí, pero también hay continuidades. Hago mucho de lo que solía hacer, pero prefiero hacerlo en menor cantidad. Nunca me gustó salir hasta muy tarde; ahora me desagrada intensamente. No puedo dejar de envejecer, a menos que muera, una decisión que no parece ser una decisión, aunque C. G. Prado (1990) aboga por el suicidio preventivo en la vejez: terminar nuestras vidas cuando todavía tenemos control y dignidad. Hago estas observaciones no para pregonar el pesimismo o sugerir que ignoremos todos los mensajes que nos ofrecen los heraldos del envejecimiento exitoso, sino para señalar que nuestros cuerpos están restringidos por la biología y que podemos "extender estos límites" (Grosz 1994). También hablo personalmente porque sé que no estoy sola y me gustaría que mis semejantes me contaran sus experiencias del envejecimiento. Si podemos recuperar para las mujeres mayores la fuerte convicción de que lo personal es político, habremos dado un paso positivo.

Actos de resistencia

Saber cómo las normas acerca de nuestros cuerpos envejecidos pueden afectarnos significa insertar una cuña en un esfuerzo por transformarnos a nosotras mismas y a la cultura. Como los cuerpos están inscritos biológica y culturalmente (Bordo 1993), somos tanto el agente como el portador de la cultura. No es sorprendente que este papel dual requiera del pensamiento dialéctico: para cambiar el entorno social simultáneamente debemos cambiar nuestras actitudes y respuestas a las normas, y si esto lo hacen muchas mujeres, afectarán las normas sociales. Los actos de resistencia son un sendero, y los cambios culturales, una meta de largo plazo. Por ende, yo y muchas otras como yo, en calidad de activistas de toda la vida, debemos luchar por portar nuestros cuerpos con orgullo y afirmar sus cualidades únicas al tiempo que aceptamos las marcas de la edad que son prácticamente universales, conforme nos enfrentamos a la retórica de la edad indefinida y la eterna juventud. Aquí, de nuevo, podemos aprender del movimiento de los discapacitados. Al no estar contentos con adaptarse al medio ambiente en el que han vivido, los activistas con discapacidad se dedican a cambiar el entorno mientras se dan unos a otros la fuerza para reafirmar la dignidad que otros les negarían.

Podemos practicar esta nueva firmeza en comunidades de significado que contribuyan y no disminuyan nuestro sentido del propio valor y la identidad personal. En estas comunidades podemos ser "auténticas" y no evadir la edad y sus manifestaciones, donde nuestros cuerpos vividos, de los cuales estamos siempre conscientes, no son marginales y devaluados. Como los grupos de autoconciencia de finales de los años sesenta y principios de los setenta, el cambio es más fácil en los micromundos que todas ocupamos; en estos micromundos, la identidad de las mujeres —y en particular de las mujeres mayores— es reafirmada y se comparten sus penas y alegrías. Estas son comunidades de resistencia, "comunidades opositoras" (Ferguson 1995: 372). Estas comunidades cobran forma

de acuerdo con las maneras en las que las mujeres mayores se tratan las unas a las otras, con respeto, afecto y consideración; en conversaciones y con gestos que afirman y por lo tanto visibilizan el orgullo que sienten las mujeres mayores por y en sus cuerpos, y que reconocen el dolor, el sufrimiento y la pérdida que acompañan la corporeidad; en discusiones acerca del cuidado como trabajo valioso, necesario y exigente. (Furman 1997: 168)

Para Ferguson (1995: 372), estas comunidades "son espacios donde podemos empoderarnos y fortalecernos para luchar contra quienes desean conservar el statu quo afuera de este espacio".

Bartky (1999) describe el grupo de su tía, "Las chicas del miércoles", y Furman a las mujeres de *Julie's*. ¿Y qué pasa con las hermandades femeninas negras y las iglesias? Por mucho que de jóvenes hayamos pensado que la segregación por edad es un anatema, este tipo de configuración puede servir a las necesidades comunes de las personas que envejecen, siempre y cuando la competencia por ser la más "sana" o la más "ocupada" no contraríe lo que se comparte.

En estos micromundos —un espacio secreto— ocupados por semejantes, podemos con mayor frecuencia exponer nuestros temores y problemas. Florida Scott-Maxwell (1968: 31) informa que, "con una amiga de mi propia edad alegremente intercambiamos los peores síntomas y nuestros más oscuros temores... es sólo con aquellos de mi misma edad con quienes puedo hablar con franqueza". De manera similar, las mujeres que van al salón de belleza *Julie's International Salon* se apoyan unas a otras en tiempos difíciles, se regocijan en su mutua compañía y se burlan de sus papadas y cabello escaso. En ausencia de la mirada masculina dominante que las consideraría carentes, estas mujeres viven afirmativamente con sus cuerpos y sus yos en evolución. *Julie's* dio libertad a sus clientas para que hablaran abiertamente, porque las relaciones de mutuo apoyo que allí vivieron las liberaron de las "prohibiciones de la plaza pública" (Furman 1997: 5). Como una afirmación de nuestras experiencias diversas en las comunidades alternativas de significado, Sandra Bartky (1999) critica las "prácticas disciplinarias" de la cultura estadounidense con respecto a las mujeres mayores y reporta que entre ellas mismas con frecuencia son efusivas y entusiastas en sus halagos a su ropa y apariencia.

En un cuento reciente, Julian Barnes (2004: 74) sugiere que cuando envejecemos necesitamos aliados, personas que "recordaban Munich, que recordaban las viejas películas... Aliados que te ayudaron a comprender una declaración de impuestos y a abrir un frasco de mermelada". Perdonamos e ignoramos mucho porque necesitamos a personas que conocen el mundo como lo conocemos, que entienden el arrepentimiento y las oportunidades perdidas, así como la felicidad. Este tipo de microcomunidades seguirán siendo importantes, cuando menos mientras vivamos en una cultura que prefiere rechazar la edad que reconocerla con todas sus complicaciones y ambigüedades. La tarea difícil es la de reclamar esta libertad con regularidad, aun en los micromundos, donde las mujeres con frecuencia temen contar a otros esos temores oscuros (Hurd 1999). La tarea más difícil es la de tomar las experiencias que tenemos en las comunidades de significado que nos

apoyan y moverlas a comunidades alternativas donde somos invisibles o hipervisibles en las formas menos deseables.

Las mujeres mayores debemos preguntarnos cómo podemos desarrollar y sostener actitudes positivas sobre nuestros cuerpos —fuera de nuestras microcomunidades— "mientras vivimos en una cultura que objetiva los cuerpos femeninos y vincula el poder social y económico de las mujeres a su apariencia" (Rubin, Nemeroff y Russo 2004: 28). Quiero ponerme una pañoleta porque alegra mi apariencia, no para esconder las arrugas de mi cuello. Pero también quiero trabajar para transformar la realidad social con todos los medios que yo y otras mujeres tenemos para "negociar, redefinir y reconceptualizar la posición de las mujeres en la sociedad" (Reischer y Koo 2004). Haciendo a un lado los asuntos políticos actuales, era mejor para las mujeres mayores cuando Madeleine Albright, y no Condoleezza Rice, era secretaria de Estado.

También podríamos demostrar cómo es que ciertos valores han llegado a ser hegemónicos. Ciertamente no ocurre por medio de un proceso de creación de consenso. Las ideas e influencias culturales se vuelven socialmente aceptables por medio de un proceso intensamente político (Weitz 2003) en el que no participan las mujeres mayores. Este es un problema fundamental de la justicia (Young 1991), porque las personas que se sientan alrededor de la mesa virtual de negociaciones, conforme evolucionan estas normas e imágenes, tienen un poder inmerecido sobre muchas de nosotras. En mi opinión, muchos de estos partícipes son mis colegas gerontólogos que han perdido de vista el hecho mismo de la edad y las estrategias culturales que devalúan a las mujeres mayores y sus cuerpos. No debe sorprendernos que con frecuencia se produzcan malas consecuencias. Por lo tanto, en los encuentros de profesionistas, o por medio de la escritura académica y personal, tenemos una obligación de hablar de la edad en tanto material y construida, e insistir en que el cuerpo no es ni totalmente maleable ni está totalmente determinado.

Con otros actos de resistencia ampliamos la oportunidad de que haya una libertad positiva. En un intento por criticar las representaciones dominantes de las mujeres, reitero la "mirada opositora" de bell hooks (1992; citada en Furman 1997: 177). Al exigir el derecho de mirar fijamente, hooks confía en cambiar la realidad. "Incluso en las peores circunstancias de dominación, la habilidad para manipular la propia mirada, de cara a las estructuras de dominación que la contienen, abre la posibilidad de tener agencialidad" (hooks 1992; citada en Furman 1997: 177). Así que una tarea

es desarrollar estrategias transgresoras que minarán la devaluación que del cuerpo de la mujer mayor hace la cultura dominante y que simultáneamente lo invisibiliza. No ser vista es la peor devaluación. Mirar con fijeza es exigir visibilidad. Transgredir significa cambiar normas que devalúan lo que ahora es visible.

Ray (2004) sugiere una nueva posibilidad para la actividad transgresora. Sugiere que la imagen de la bruja (*crone*) nos permite alcanzar y aceptar la madurez plena. En las sociedades matriarcales, la bruja ha alcanzado el estatus de reina, que significa autoridad, una posición ganada exclusivamente con el tiempo y la experiencia. Como no vivimos en una sociedad matriarcal, la batalla por afirmar el estatus de bruja no será fácil, pero tenemos las herramientas a la mano: el enojo sabio (Woodward 2003) y las emociones heterodoxas como la amargura y el enojo (Meyers 1997).

Conclusión

Al escribir las narrativas sobre su propio envejecimiento, escritoras como Carolyn Heilbrun (1997) se mantienen firmes cuando se trata de aceptar la edad cronológica como un hecho de la vida; Heilbrun aconseja que las mujeres mayores no busquen hacerse pasar por jóvenes. Aunque su remedio (el suicidio en la tercera edad) para evitar una mayor invasión de la vejez podría no ser nuestra elección, nos abre ventanas de posibilidad, a pesar de la pérdida y la insistencia en que estar conscientes de la edad es un regalo al tiempo.

Negociar un nuevo estatus en la vejez probablemente ocurra en un "nivel intermedio entre el amplio espectro cultural y aquel de la personalidad individual" (Blaikie 1999), poniendo otra vez el énfasis en las microcomunidades que nos brindan fuerza y apoyo. Si nuestra percepción del yo propio y nuestros valores "son producto de las relaciones sociales entre nosotras en comunidades primarias particulares" (Ferguson 1995: 371), estas comunidades deben esforzarse por reunir a mujeres jóvenes y mayores para que gradualmente transformemos las diferencias y expectativas generacionales. Al fin —y con uno de los privilegios de la vejez— podemos realmente tener el tiempo para construir estas comunidades. En estas comunidades contaremos historias y construiremos a partir de nuestras memorias y, cuando sea posible, en palabras de Margaret Morganroth Gullette (1997), "escribiremos nuestras autobiografías de la edad". La reparación narrativa (Lindemann-Nelson 2001) por medio de las contrahistorias es otra manera de contar nuestra propia historia de forma vigorosa e intentar apropiarnos

de nuestras identidades. En estas circunstancias, propongo lo que considero un relativismo con principios, que hace un llamado a que se arme una defensa de nuestra vejez, de tal manera que tenga sentido moral y práctico para nosotras y otras. No se trata de una defensa de "todo se vale" ni una afirmación de que la vejez implica fingir e inventar. Más bien se trata de una creencia de que, como no nos sirven las guías ajenas acerca de cómo debemos envejecer, debemos tomar cartas en el asunto. ¿Cómo usaremos la materialidad de nuestros cuerpos con todas sus ambigüedades para crear una historia de nuestras vidas que las vuelva significativas? Y ¿cómo contaremos estas historias de tal forma que contribuyan al aprecio social de nuestros cuerpos no normativos que ya no buscamos rechazar? La mascarada es una solución temporal que a fin de cuentas es inútil. Aunque haré todo lo que pueda para estar lo más sana posible, seguiré hablando con libertad y tanto como pueda acerca de la dimensión física del envejecimiento y las posibilidades para vivir bien y plenamente, no obstante la ocasional añoranza por lo que ya no puede ser ●

Traducción: Nattie Golubov

Bibliografía

- Andrews, Molly, 2000, "Ageful and Proud", *Ageing & Society* 20, pp. 791-95.
- Arber, Sara y Jay Ginn, 1991, *Gender and Later Life: A Sociological Analysis of Resources and Constraints*, Sage, Londres.
- Baier, Annette, 1978, "Hume, the Women's Moral Theorist?", Eva F. Kittay y Diana Meyers (eds.), *Women and Moral Theory*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.
- Barnes, Julian, 2004, *The Lemon Table*, Knopf, Nueva York.
- Bartky, Sandra, 1990, *Feminity and Domination: Studies in the Phenomenology of Oppression*, Routledge, Nueva York.
- Bartky, Sandra, 1999, "Unplanned Obsolescence: Some Reflections in Aging", Margaret Urban Walker (ed.), *Mother Time: Women, Aging, and Ethics*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland, pp. 61-74.
- Benhabid, Seyla, 1992, *Situating the Self*, Routledge, Nueva York.
- Biggs, Simon, 2004, "Age, Gender, Narratives, and Masquerades", *Journal of Aging Studies* 1, pp. 45-58.

- Blaikie, Andrew, 1999, *Ageing and Popular Culture*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Bordo, Susan, 1993, *Unbearable Weight*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles.
- Calasanti, Tony M. y Kathleen F. Slevin, 2001, *Gender, Social Inequalities and Aging*, AltaMira Press, Walnut Creek, California.
- Chrisler, Joan y Laurie Ghiz, 1993, "Body Image Issues of Older Women", Nancy Davis, Ellen Cole y Esther Rothblum (eds.), *Faces of Women and Aging*, Haworth Press, Nueva York, pp. 67-76.
- Cole, Thomas, 1995, "What Have We Made of Aging", *Journals of Gerontology Series B* 10, núm. 6, <http://newfirstsearch.oclc.org.ezproxy2.lib.depaul.edu> (consultado el 24 de junio, 2005).
- Collins, Patricia Hill, 2000, *Black Feminist Thought*, Routledge, Nueva York.
- Diprose, Rosalyn, 1995, "The Body Biomedical Ethics Forgets", Paul Komesaroff (ed.), *Troubled Bodies: Critical Perspectives on Postmodernism, Medical Ethics, and the Body*, Duke University Press, Durham, pp. 202-221.
- Dychtwald, Ken y Joe Flower, 1990, *Age Wave: The Challenges and Opportunities of an Aging America*, Bantam Books, Nueva York.
- Featherstone, Mike y Mike Hepworth, 1991, "The Mask of Aging and the Postmodern Lifecourse", Mike Featherstone, Mike Hepworth y Bryan Turner (eds.), *The Body: Social Processes and Cultural Theory*, Sage, Londres, pp. 371-389.
- Ferguson, Ann, 1995, "Feminist Communities and Moral Revolution", Penny Weiss y Marilyn Friedman (eds.), *Feminism and Community*, Temple University Press, Filadelfia, pp. 36-97.
- Fey-Yensan, Nancy, L. McCormick y C. English, 2002, "Body Image and Weight Pre-occupation in Older Women: A Review", *Healthy Weight Journal* 16, septiembre-octubre, pp. 68-71.
- Furman, Frida, 1997, *Facing the Mirror: Older Women and Beauty Shop Culture*, Routledge, Nueva York.
- Furman, Frida, 1999, "There Are No Older Venuses: Older Women's Responses to Their Aging Bodies", Margaret Urban Walker (ed.), *Mother Time: Women, Aging, and Ethics*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland, pp. 7-22.
- Gergen, Kenneth y Mary Gergen, 2000, "The New Aging: Self-Construction and Social Values", K. Warner Shaie y Jon Hendricks (eds.), *The Evolution of the Aging Self*, Springer, Nueva York, pp. 281-306.
- Gottfried, Heidi (ed.), 1996, *Feminism and Social Change*, University of Illinois Press, Urbana.

- Grosz, Elizabeth, 1994, *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*, Indiana University Press, Bloomington.
- Grumbach, Doris, 1991, *Coming into the End Zone: A Memoir*, W.W. Norton, Nueva York.
- Gullete, Margaret Morganroth, 1997, *Declining to Decline: Cultural Combat and the Midlife*, University Press of Virginia, Charlottesville.
- Harper, Sarah, 1997, "Constructing Later Life/Constructing the Body: some Thoughts from Feminist Theory", Anne Jamieson, Sarah Harper y Christina Victor (eds.), *Critical Approaches to Aging and Later Life*, Open University Press, Buckingham, pp. 160-172.
- Hayflick, Leonard, 1994, *How and Why We Age*, Ballantine Books, Nueva York.
- Heilbrun, Carolyn, 1997, *The Last Gift of Time: Life beyond Sixty*, Ballantine Books, Nueva York.
- Hillyer, Barbara, 1998, "The Embodiment of Old Women: Silences", *Frontiers: A Journal of Women's Studies* 19, núm. 1, <http://firstsearch.oclc.or.ezproxy1.lib.depaul.edu> (consultado el 1º de marzo, 2005).
- Holstein, Martha, 2000, "Commentary: The 'New Aging'; Imagining Alternative Futures", K. Warner Shaie y Jon Hendricks (eds.), *The Evolution of the Aging Self*, Springer, Nueva York, pp. 319-332.
- Holstein, Martha y Meredith Minkler, 2003, "Self, Society and the 'New Gerontology'", *The Gerontologist* 43, núm 6, pp. 787-797.
- hooks, bell, 1992, *Black Looks: Race and Representation*, South End Press, Boston.
- Hooyman, Nancy, 1999, "Research on Older Women: Where Is Feminism?", *The Gerontologist* 39, núm. 1, pp. 115-118.
- Hudson, Robert (ed.), 2005, *The New Politics of Old Age Policy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Hurd, Laura, 1999, "We're Not Old! Older Women's Negotiation of Aging and Oldness", *Journal of Aging Studies* 13, núm. 4, pp. 19-39.
- Komesaroff, Paul (ed.), 1995, *Troubled Bodies: Critical Perspectives on Postmodernism, Medical Ethics, and the Body*, Duke University Press, Durham.
- Kontos, Piac, 1999, "Local Biology: Bodies of Difference in Ageing Studies", *Ageing and Society* 19, pp. 677-689.
- Laz, Cheryl, 2003, "Age Embodied", *Journal of Aging Studies* 17, pp. 503-519.
- Lindemann-Nelson, Hilde, 2001, *Damaged Identities, Narrative Repair*, Cornell University Press, Nueva York.
- Lugones, María, 1987, "Playfulness, 'World'-Travelling, and Loving Perception", *Hypatia* 2, núm. 2, pp. 3-20.

- Macdonald, Barbara y Cynthia Rich, 1983, *Look Me in the Eye: Old Women, Aging and Ageism*, Spinsters Ink, San Francisco.
- Mackenzie, Catriona, 2000, "Imagining Oneself Otherwise", Catriona Mackenzie y Natalie Stoljar (eds.), *Relational Autonomy: Feminist Perspectives on Autonomy, Agency, and the Social Self*, Oxford University Press, Nueva York, pp. 124-150.
- Meyers, Diana, 1997, "Emotion and Heterodox Moral Perceptions: An Essay in Moral Social Psychology", Diana Meyers (ed.), *Feminists Rethink the Self*, Westview Press, Boulder, Colorado, pp. 197-218.
- Meyers, Diana, 2003, "Frontiers of Individuality: Embodiment and Relationships in Cultural Context," *History and Theory* 42, núm. 2, pp. 271-285.
- Minkler, Meredith, 1990, "Aging and Disability: Behind and Beyond the Stereotypes", *Journal of Aging Studies* 4, núm. 3, pp. 245-260.
- Minkler, Meredith, 1991, "Gold in Gray: Reflections on Business' Discovery of the Elderly Market", Meredith Minkler y Carroll Estes (eds.), *Critical Perspectives on Aging*, Baywood Press, Amityville, Nueva York, pp. 81-94.
- Morell, Carolyn, 2003, "Empowerment and Long-Living Women: Return to the Rejected Body", *Journal of Aging Studies* 17, pp. 69-85.
- Oberg, Peter, 1996, "The Absent Body—A Social Gerontological Paradox", *Ageing and Society* 16, pp. 710-719.
- Oberg, Peter y L. Tornstam, 1999, "Body Images among Men and Women of Different Ages", *Ageing and Society* 19, pp. 629-644.
- Parks, Jennifer, 2003, *No Place Like Home: Feminist Ethics and Home Health Care*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis.
- Pearlman, Sarah, 1993, "Late Mid-Life Astonishment: Disruptions to Identity and Self-Esteem", Nancy Davis, Ellen Cole y Esther Rothblum (eds.), *Faces of Women and Aging*, The Haworth Press, Nueva York, pp. 1-12.
- Prado, C. G., 1990, *The Last Voice: Preemptive Suicide in Old Age*, Greenwood Press, Nueva York.
- Ray, Ruth, 1996, "A Postmodern Perspective on Feminist Gerontology", *The Gerontologist* 36, pp. 674-680.
- Ray, Ruth, 2004, "Toward the Croning of Feminist Gerontology", *Journal of Aging Studies* 18, núm. 1, pp. 109-121.
- Reischer, Erica y Kathryn Koo, 2004, "The Body Beautiful: Symbolism and Agency in the Social World", *Annual Review of Anthropology* 33, pp. 297-317.
- Rodin, Judith, L. Silberstein y R. Striegel-Moore, 1984, "Women and Weight: Normative Discontent", *Psychology and Gender: Nebraska Symposium on Motivation* 32, pp. 276-307.

- Rosser, Sue, 2001, "Now the Body Is Everywhere", *NWSA Journal* 13, núm. 2, pp. 142-148.
- Rubin, Lisa, Carol Nemeroff y Nancy Russo, 2004, "Exploring Feminist Women's Body Consciousness", *Psychology of Women Quarterly* 28, pp. 27-37.
- SAGE Crossroads, 2004, *The Fight over the Future: A Collection of SAGE Crossroads Debates that Examine the Implications of Aging-Related Research*, vol. 1, iUniverse, Nueva York.
- Saul, Jennifer, 2003, *Feminism: Issues and Arguments*, Oxford University Press, Oxford.
- Scott-Maxwell, Florida, 1968, *The Measure of My Days*, Penguin, Nueva York.
- Tulle-Winton, Emmanuelle, 2000, "Old Bodies", Phillip Hancock et al. (eds.), *The Body, Culture and Society: An Introduction*, Open University Press, Buckingham, pp. 64-83.
- Tunaley, Jillian, Susan Walsh y Paula Nicolson, 1999, "I'm Not Bad for My Age': The Meaning of Body Size and Eating in the Lives of Older Women", *Ageing and Society* 19, pp. 741-759.
- Twigg, Julia, 2004, "The Body, Gender, and Age: Feminist Insights in Social Gerontology", *Journal of Aging Studies* 18, pp. 59-73.
- Walker, Margaret Urban, 1999, *Mother Time: Women, Aging, and Ethics*, Rowman and Littlefield, Lanham.
- Weitz, Rose, 2003, *The Politics of Women's Bodies: Sexuality, Appearance, and Behavior*, Oxford University Press, Nueva York.
- Wolf, Naomi, 1991, *The Beauty Myth: How Images of Beauty Are Used against Women*, William Morrow, Nueva York.
- Woodward, Kathleen, 2003, "Against Wisdom: The Social Politics of Anger and Aging", *Journal of Aging Studies* 17, pp. 55-67.
- Young, Iris Marion, 1991, *Justice and the Politics of Difference*, Princeton University Press, Princeton.